

## La Guayabera Como Prenda de Cordura

Por JOSE R. HERNANDEZ FIGUEROA

ENTRE todos los seres que integran la escala zoológica, sólo el hombre viene al mundo en total desnudez. Sus inferiores llegan dotados de atributos que lo preservan del rigor del medio, provistos unos de piel, con lana o sin ella; algunos de plumas, a veces vistosas y coloreadas; otros, en fin, con escamas brillantes o conchas resistentes. Pero a cambio de no dar al hombre una protección pareja, la naturaleza lo dotó de algo muy superior: la razón. Con ella, con su inteligencia, con el privilegio de su talento, podía buscarse en mejores condiciones lo necesario para supervivir y para llegar a ser, como lo ha sido siempre, el rey de la creación. Haciendo uso de esa luz, los pueblos se han vestido de acuerdo con el clima. En los países donde el frío ha dominado, han cubierto el cuerpo con pieles y en aquellos donde el calor ha imperado apenas si han echado sobre él una ligera túnica o un simple taparrabo.

En una palabra, la más elemental lógica ha predominado en la necesidad de preservar la salud y de cuidar el pudor frente al ambiente físico y social. Pero, en holocausto a la especie, dentro de cada indumento, el hombre y la mujer, más ésta que aquél, han procurado mostrarse en la forma más atrayente o halagadora para el género opuesto. De esa manera han impuesto el bien parecer, agregando a la natural una nota de distinción artificiosa. No debe, sin embargo, confundirse ese mejor presentarse con la elegancia, que es facultad propia, que se tiene o no se tiene, pero que no puede adquirirse de nadie. Se es elegante por lo que se lleva de uno mismo y no por la ropa de elevado costo o por la valiosa prenda que se ostenta. Si así fuera, si la elegancia pudiera comprarse, si estuviera al alcance de cualquier rascacuerpo, todo el mundo podría lucirla. Con la elegancia, como con el don divino de la inspiración, se nace y quien no la traiga entre sus pañales no podrá lograrla jamás. Parecer bien, agradar, ha sido, pues, preocupación eterna de la humanidad. Séneca decía que el hombre era un animal que gusta de adornarse. Con excepción de Catón, que consideraba el adorno como un vicio, semejante a la avaricia, a la lujuria y a la pereza, el deseo de embellecerse ha sido considerado como legítimo y natural en todos los tiempos. La afición a los adornos —ha expresado Luis Bourdeau al historiar la vestimenta entre los humanos— es innata en el hombre y cara a su vanidad.

Pero pocos pueblos, dicho sea en ho-

67

nor a la verdad, han desconocido ese principio de vestirse de acuerdo con las exigencias de la naturaleza como el cubano. Pese a vivir en un clima tórrido, donde casi todo el año se sufre el castigo de un sol implacable y el fuego de las mil calderas del infierno, los hombres de las ciudades y de los pueblos, por insignificantes que fueren, han vestido a la europea, encerrados en levitas solemnes, con camisas, cuello y corbata y cubiertos con sombreros no siempre apropiados para preservarlos de la intemperie. Así han vivido años y años, sordos a los reclamos del buen sentido, no permeables a la más rudimentaria sabiduría. Tal torpeza había en esa costumbre, que alguna vez hemos pensado que, en cierto modo podía haber algo de razón no sospechada en aquella frase amarga y despectiva que, desde el olimpo de su arte incomparable, nos lanzó la trágica Sarah Bernhard al llamarnos indios con levita. Bien es verdad que el vocablo no alcanzó a una parte de los nativos que no la vistieron jamás: a los hombres de nuestros campos, a nuestros sufridos guajiros.

Desde este punto de vista, habría que convenir en que el habitante de la campiña ha sido el único cubano que ha tenido sentido común. Entregado a su faena dura, ha sido la trochana o la guayabera su prenda habitual. Ya se ofreciera al ideal libertador y paseara su paraguayo relampagueante en el fragor de la pelea, ya se enarcara de sombra a sombra sobre el surco pródigo —ingrato para él, ya que no le devolvía más que miseria y pesadumbre, pero fecundo para el amo sórdido que lo explotaba— ya lanzara en la noche, deseoso de ahogar su pena, la música de una décima o el cantar de una copla, el guajiro cubano ha obedecido siempre la voz sabia de la naturaleza. Contrastando con la estupidez y la presunción del poblano, empeñado en imitar a los señorones de allende el mar, exhibió en todo momento con orgullo, pero con recelo por el contraste con el que se creía superior, su vestimenta rural y apropiada. En los días de fiesta, en los pocos en que podía, en momentos fugaces, olvidar la tragedia de su vida, se le veía ostentar con singular presteza su guayabera de delgadas alforzas y de nacarados botoncillos, más orondo mientras más numerosos y finos fueran unas y otros.

En ese contraste y en ese absurdo han vivido los cubanos hasta hace poco. Ni la prédica de algunos, entre los que tenemos el orgullo de contarnos, ni la elemental llamada del sentido lógico, pudo convencer a la gran población nacional que la cordura estaba, como en la obra de Queiroz, en la sierra y no en la ciudad. Al fin, sin em-

2

68

bargo, se ha salido del error, pero no por obra del razonamiento, sino por gracia de la imitación. Expliquémonos. Han sido los norteamericanos los que, como en otras cosas que algún día señalaremos, nos han llevado al uso de la prenda típica de Cuba. Rebautizada con el nombre híbrido de **guayabana**, le comunicaron un prestigio ramplo-nero que ha sido decisivo en su dominio actual. Ya todo el mundo, los más respetables hombres de negocios, los más encumbrados políticos, los más sesudos intelectuales, los jóvenes de más alta distinción y, en fin, los hombres sencillos que ganan con el sudor de cada día el derecho a vivir, visten la pintoresca guayabera y lo hacen sin el rubor y el encogimiento con que antaño lo hacían los pocos que se atrevieron, en un alarde de valiente pionerismo, a usarla en las ciudades. Así, como producto de exportación, elegantizada por el "made in U. S. A.", la prenda de nuestro campesino se ha hecho la usual en todo el territorio nacional.

Desde luego que los que se dicen

elegantes o los que pretenden regir la tiranía del buen vestir, han mostrado su acre censura ante la generalización de esta indumentaria. Se acepta que se use como prenda de trabajo, como forma de presentarse en actos deportivos y hasta en fiestas informales, pero se repudia cuando se la emplea en actos solemnes o en grandes saraos, estimándose como una evidente prueba de mal gusto y de desconsideración. No compartimos este criterio, que nos parece equivocado y ligero. La filosofía popular ha proclamado, desde hace muchos años, que el hábito no hace al monje. No porque se vista el frac impecable, no porque se luzca la pechera pulquerrima, no porque los faldones golpeen las corvas, se exhiben la decencia y la elegancia. Una y otra no están en las ropas que se vistan, sino en la ética y el espíritu de quien las usa. La primera es la jerarquía más alta en la condición del hombre y la segunda la superación de su propia espiritualidad. Y ambas se pueden

mostrar bajo la material apariencia de una guayabera, como se puede esconder la desvergüenza y el deshonor bajo las líneas de la más rígida etiqueta. Por lo demás, no debe olvidarse que los representantes de ciertos países orientales se presentan, aún en las mismas sesiones solemnes de la Organización de las Naciones Unidas, la más empinada institución del momento que vivimos, vistiendo los trajes típicos que llevan con la dignidad de una toga.

De todos modos, levantemos acta de esta prueba de cordura que, al fin, han dado los cubanos y hagamos votos porque sea como un anticipo venturoso de una vuelta radical a la feliz convivencia y a la cordial camaradería de que está necesitada esta tierra, tan bien dotada por el destino como tan maltratada por sus aprovechados destinatarios.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA